

de «imagen de Dios». En sus consideraciones el autor subraya la importancia de superar lo que denomina el olvido del «alma», término que parece haber caído en desuso en ciertos ambientes, también cristianos, por el presunto temor de caer en un indebido dualismo, pero sin el cual se corre el riesgo de perder lo específico de la persona. En ese sentido, el autor considera también necesario explicar adecuadamente la idea tradicional de «creación inmediata del alma» de cada persona por Dios, asunto al que dedica unas reflexiones lúcidas que subrayan la acción divina propiamente «creadora» que está en el origen de cada ser humano. Sin eso, la «dignidad humana» no pasaría de ser un *flatus vocis*.

José R. Villar

Maximilian Heinrich HEIM, *Joseph Ratzinger. Life in the Church and Living Theology: Fundamentals of Ecclesiology with Reference to Lumen Gentium*, Ignatius Press, San Francisco 2007, 614 pp., 23 x 16, ISBN 978-1-58617-149-0.

Nos encontramos ante un estudio serio, voluminoso y documentadísimo sobre la eclesiología de Joseph Ratzinger. Se trata de la traducción al inglés del trabajo titulado *Joseph Ratzinger-Kirliche Existenz und existenzielle Theologie*, publicado en 2004 (*Bamberger theologische Studien* Bd. 22, Peter Lang, Frankfurt am Main 2004, 2005). El estudio se estructura en dos partes: la primera sobre la eclesiología de la *Lumen gentium*, y la segunda sobre la interpretación que el mismo Ratzinger realiza de esta Constitución dogmática (pp. 21-144, 145-496). Siguen después una «sinopsis y sumario» finales (pp. 497-524) y una bibliografía con las fuentes empleadas en el presente estudio (pp.

537-578). El mismo Heim explica el sentido del subtítulo del siguiente modo: «Ya que la teología y la vida eclesial se han unido de modo ejemplar en el trabajo teológico de Ratzinger, su pensamiento teológico podría definirse como “existencial”, sin caer por ello en el mero subjetivismo. De hecho, Ratzinger se adhiere a una teología que le precede, que no procede de un principio privado, sino a partir de una existencia que se ha enraizado en la Iglesia» (p. 9).

En la primera parte se propone así una síntesis de la teología contenida en la Constitución dogmática sobre la Iglesia. Tras una breve introducción histórica (pp. 21-38), se ocupa de los principales conceptos que estructuran y vertebran la LG. En primer lugar, el de «misterio de la Iglesia», el cual une a su vez la realidad de la Iglesia con Cristo y la Trinidad; esta unidad entre Cristo y la Iglesia constituye una constante en el pensamiento teológico ratzingeriano (cfr. pp. 39-50). La luz de Cristo sobre las gentes se refleja en la Iglesia, como el sol proyecta sus vivificadores rayos en la luna. Como indica el mismo Joseph Ratzinger en el prólogo que ofrece a este estudio, «el padre Heim muestra la estructura cristológica de la Iglesia, la cual es de modo necesario una estructura teológica: en Cristo, el hombre –la naturaleza humana– se une a Dios. Por medio de él, la humanidad ha entrado en la dinámica trinitaria: el Hijo nos lleva al Padre en el Espíritu Santo» (p. 2). Por eso, el principio sobrenatural –la Iglesia entendida como misterio– será uno de los puntos de partida de la eclesiología del autor alemán, hoy Benedicto XVI. Junto a este concepto fundamental, se encuentran los de «sacramento universal de salvación» (pp. 52-60) y *communio*: el misterio de comunión trinitaria que sirve como signo e instrumento para la comunión entre todos los hombres (pp. 70-77).

Sigue adelante Heim con su lectura de la LG, en la que recuerda la noción de «pueblo de Dios» —en correlación con el de cuerpo de Cristo—, el cual se estructura en torno a los sacramentos del bautismo y del orden, y evitando de este modo una interpretación en términos tan sólo sociológicos. Se detiene aquí de especial modo en el sacerdocio real de todos los bautizados y en la condición eclesial de los laicos (pp. 85-91, 95-97), así como en la eclesiología mariana que se ofrece en el último capítulo del documento conciliar (pp. 105-108). Sin embargo, al mismo tiempo, destaca también el autor de un modo especial la importancia y necesidad de la «estructura jerárquica» de la Iglesia, sobre todo en lo que se refiere a la doctrina sobre el episcopado elaborada por el Vaticano II. Además de explicar de qué modo ejercitan los obispos los *tria munera* de Cristo, se centra en el origen sacramental del ministerio episcopal, por lo que diferencia de modo claro entre *munus* y *potestas* (cfr. pp. 125-127).

En la segunda parte de este pormenorizado estudio se ocupa de modo exclusivo de la vida y de la obra eclesiológica del autor alemán. Realiza así, en primer lugar, una breve biografía intelectual de Joseph Ratzinger, en la que se recogen los principales hitos de su vida, así como sus numerosas iniciativas eclesiales e intelectuales (pp. 145-228). Tras ello, Heim se ocupa de realizar una tipología de las principales ideas en la eclesiología de Ratzinger. En primer lugar, la concepción de la Iglesia como «signo y misterio de fe», en la que se insiste en una comprensión sacramental de la Iglesia, y no tan sólo vista como una mera estructura funcional (cfr. pp. 229-239). Al mismo tiempo, propone el concepto «cuerpo de Cristo» como un «puente» entre la eclesiología cristológica y la pneumatológica, centrado

sobre todo en la concepción paulina de la Iglesia (cfr. pp. 243-270). Sin embargo, este desarrollo se continúa en la eclesiología eucarística, tal como vió el mismo Ratzinger en su tesis doctoral sobre la eclesiología eucarística de san Agustín, bajo la indudable influencia del pensamiento de Henri de Lubac contenido en *Corpus mysticum*, publicado en 1944 (pp. 271-285).

A partir de aquí se desarrollará en el pensamiento de Ratzinger la «eclesiología de comunión», que tan importante papel ha jugado en la interpretación posconciliar de la Iglesia, sobre todo a partir del sínodo de obispos de 1985, celebrado a los veinte años de la clausura del concilio. Esta comunión eclesial se remontaría hasta la misma *koinonia* trinitaria y llegaría hasta todos y cada uno de los bautizados (pp. 286-290). A su vez, insistiría no sólo en la dimensión comunitaria de la Iglesia, sino también en la unidad en «la enseñanza de los apóstoles», por lo que —a partir de aquí— se enlaza con el gran tema de la tradición y de la apostolicidad en la Iglesia (pp. 291-299). En fin, se centra Heim en el binomio Iglesia de Cristo-iglesias y comunidades eclesiales, para lo que expone el sentido del *subsistit* como hipóstasis —entendido en sentido ontológico de identidad—, con lo que se rechaza todo posible relativismo eclesiológico y se propone a la Iglesia católica como sujeto principal en el que subsiste la misma Iglesia instituida por Cristo (pp. 300-329). Detrás de estas líneas se encuentra la polémica suscitada en torno a la coda eclesiológica de la declaración *Dominus Iesus* y su posible continuidad con la doctrina conciliar.

Después de sentar estas premisas, el Ratzinger-Heim vuelve de nuevo al concepto de pueblo de Dios, interpretado ahora como *qāhāl Yahveh*, poste-

riormente traducido con el término *ek-klesia*, en el que se sitúa el principio de la convocatoria divina en el mismo origen de la Iglesia (pp. 331-347). Consecuencia de lo anterior sería la comprensión del «nuevo pueblo de Dios», convocado por Cristo por el Espíritu: una comprensión teológica y escatológica de este concepto vertebral de la eclesiología de la LG, y no en un sentido meramente comunitario (cfr. pp. 348-356). Interesante resulta también el desarrollo en el que se explica la doctrina ratzingeriana –en famosa y casi superada polémica con Walter Kasper– sobre la «prioridad ontológica» de la Iglesia universal sobre las Iglesias locales, la cual está resultando en estos momentos verificada y desarrollada tanto en sede teórica como práctica (pp. 357-381). En fin, recuerda Heim una constante de la eclesiología de Ratzinger, la cual aparece ya desde sus primeros escritos: la «llamada universal a la santidad» como hilo conductor del concepto de Iglesia –que nace de lo Santo, es santa y lleva a la santidad–, compatible con la condición pecadora de todos los cristianos (pp. 396-429).

En fin, se ocupa nuestro autor de estudiar la doctrina sobre el episcopado y el primado en Ratzinger. En primer lugar, insiste Ratzinger en el origen divino de la jerarquía, realidad instituida por el mismo Jesucristo en la sucesión apostólica, así como su doble articulación en las instituciones del primado de Pedro y de la colegialidad de todo el colegio apostólico (pp. 432-453). De modo que el ministerio ejercerá una función estructural y vertebradora, al servicio de la predicación de la palabra y de la celebración de los sacramentos (pp. 457-460). Reconoce en fin que existe una cierta evolución en su pensamiento no sólo en la comprensión de la *nota explicativa praevia* promulgada por

la misma comisión conciliar en 1964 (pp. 461-467), sino sobre todo en lo que se refiere a la función del sínodo de obispos y de las conferencias episcopales. Por posibles influencias de Lubac y Balthasar, el teólogo alemán optaría por destacar la responsabilidad personal y la potestad propia de cada obispo en su propia diócesis, en comunión con todo el colegio episcopal presidido por el mismo sucesor de Pedro (pp. 461-495).

Se trata, en definitiva –como afirma el mismo Ratzinger–, de «una presentación sinóptica de mis esfuerzos teológicos», por lo que tan sólo en algunas ocasiones se hace referencia al criterio diacrónico. Esta opción metodológica presenta sus ventajas y también algunos inconvenientes. En cualquier caso, el estudio de Heim presenta una buena síntesis de las principales ideas-clave de la eclesiología del teólogo alemán. En las conclusiones –no del todo conclusivas– de la obra Heim insiste en la perfecta continuidad entre el pensamiento eclesiológico de Ratzinger y la doctrina sobre la Iglesia contenida en el documento conciliar, tal como se desprende del método comparativo adoptado por el autor. Esta analogía entre ambas eclesiologías se encuentra en los conceptos de misterio, pueblo de Dios-cuerpo de Cristo y la doctrina de la colegialidad episcopal como manifestación de la misma universalidad de la Iglesia. Al mismo tiempo insiste el autor en la afirmación ratzingeriana de la pervivencia de la instancia metafísica, sin que esta se disuelva en la historia –a pesar de la especial devoción de Ratzinger por el método histórico–, a la vez que afirma que el centro de la Iglesia se encuentra en la vida litúrgica. La liturgia se convertiría de esta forma en un «lugar de la eclesiología».

P. Blanco